



12 Marzo, 2024

# PAPPEL

ALBERTO,  
OPERADO A  
CORAZÓN ABIERTO  
DE BEBÉ,

DE NIÑO,

DE ADOLESCENTE,

DE JOVEN

Y DE ADULTO

Fue intervenido a vida o muerte a los dos meses, a los cuatro años, a los 13, a los 28 y a los 47. Hoy atiende a pacientes con insuficiencia cardíaca: "Mis padres llegaron a vender dos veces su casa para ser operado en EEUU"

Por *Pedro Simón* (Torrejón de Ardoz)  
Fotografía de *Alberto Di Lolli*



Por **Pedro Simón** (Torrejón de Ardoz, Madrid)

**S**i les enseñara el pecho, comprobarían los zarpazos de oso de las cinco cirugías. Si les enseñara el álbum personal, verían las fotos de las veces que *in extremis* resucitó. Si les enseñara lo que él aprendió estando a punto de morir, sabrían lo que son capaces de hacer unos padres –los suyos, claro– por salvar a un hijo.

Se llama Alberto López de Guzmán, es médico internista en el Hospital de Torrejón de Ardoz (Madrid), hoy atiende insuficiencias cardíacas y es una anomalía estadística: el 90% de los niños que entonces nacían con su problema de corazón moría antes de cumplir los tres años. Es una anomalía estadística y sobre todo es una hermosa noticia: el 90% de los que nacen ahora en España con esa misma patología sale adelante.

En el pecho de Alberto caben un corazón imbatible, un paciente agradecido y cinco vueltas de tuerca.

La biografía de aquel bebé que es operado de urgencia a los dos meses de nacer. La del niño de cuatro años que luego es intervenido de lo mismo a vida o muerte. La del adolescente que después tiene que beber del amargo cáliz del quirófano a los 13. La del joven médico recién ennoviado que más tarde tiene que volver a pasar por una cirugía extrema a los 28. La del padre que en 2023 es ingresado a sus 47 para su quinto combate bajo los focos y a corazón abierto.

Si con la vida de Forrest Gump se repasaba la historia de Estados Unidos de los años 60, sin salir del tórax de Alberto López de Guzmán se podría hacer lo mismo con la evolución en el tratamiento de las cardiopatías congénitas en España en el último medio siglo.

Por ejemplo. La historia de unos padres –ingeniero y enfermera– que «vendieron su casa en dos ocasiones» solo para que le «salvaran la vida» a su hijo operándolo en Estados Unidos, porque aquí casi todos se morían.

Por ejemplo. La historia de este paciente que, siendo ya mayor de edad, seguía acudiendo a la unidad de cardiopatías congénitas infantiles porque de adulto no existían. Un poco como ese niño que crece de golpe y al que le quedan los pantalones pesqueros. «Al verme allí, sin afeitarte, me preguntaban que dónde estaba mi hijo. Yo les decía que el enfermo era yo...».

Por ejemplo. La historia de un enfermo que –ya sí– ha sido operado en España porque este es el mejor del mundo para seguir vivo.

(...)

«Nada más nacer, a las 24 horas, mi abuelo ginecólogo dio la voz de alarma al verme cianótico [azulado]. Me ingresaron de urgencia en La Paz. Me diagnosticaron

**“Tenía 13 años y mucho miedo. La noche antes no dormí. Al regresar a España, estuve llorando un mes”**

**“Nuestra discapacidad no se ve, no vamos en silla de ruedas, pero necesitamos un trato diferencial”**

ron una Tetralogía de Fallot extrema, así se llamaba antes. Esto es, una atresia pulmonar con comunicación interventricular: tienes cerrada la salida del ventrículo derecho, con lo que toda la sangre se va al izquierdo y el corazón no se oxigena. Para ser operado, tenía que ganar peso. Lo hicieron a los dos meses. Así vine al mundo. Con algo de lo que en España se moría el 90% de los niños antes de los tres años».

El primer recuerdo es el de un crío muy débil que ahora nos evoca la imagen de uno de esos pájaros encadenados que se caen del nido antes de tiempo y por el que nadie da un duro.



«Me acuerdo de que apenas comía ni dormía del ahogo, se me necrosó la cabeza del fémur al no recibir suficiente sangre [enfermedad de Perthes], comencé a caminar tarde... Lo normal es que, en los años 80, los nacidos en España con mi dolencia murieran en nuestra sanidad... Entonces mis padres hicieron un esfuerzo enorme: vendieron su casa para que pudiesen operarme en Estados Unidos».

Lugar: Clínica Mayo. Ubicación: Rochester, Minnesota. Duración de la operación: 13 horas. Tiempo de estancia: 10 días. Precio: lo que cuesta una casa. Una escena: la que cuenta el niño. «Aquel viaje fue como ir a la Luna. Volví a la vida. Hay una imagen que lo dice todo: aquel día, en el aeropuerto de Madrid, nada más aterrizar, a mis cuatro años, fue la primera vez que mi abuela me vio correr».

(...)

A nuestro Forrest le acababan de operar con éxito en 1980 y –al igual que el protagonista de Zemeckis– estrenaba su segunda prótesis ortopédica. Después de llevar un corsé para la cadera, ahora calzaba unos zapatos tipo Frankenstein. Imaginénlo corriendo como si no se acabaran las calles.

No puede olvidar el comienzo de una pasión: la del fútbol. No puede olvidar el sonido de cuando golpeó el balón a su regreso al recreo: un zambombazo lleno de fuerza que se fue al poste. No puede olvidar sus paradas como guardameta del colegio Nuestra Señora del Recuerdo: «Mis padres no me sobreprotegeron nada. No me aislaron,

querían que hiciera deporte». No puede olvidar que, en la revisión de los 13 años, supo que los niños como él también podían morir.

«Fue en una revisión. El cardiólogo vio que se me había cerrado el conducto valvulado. Así que me tuvieron que llevar a Estados Unidos de nuevo. Me sacaron de mi entorno. Era consciente de que iba a ser a corazón abierto... La noche anterior no pude dormir, me la pasé escuchando a los Beatles. Tenía mucho miedo. No paraba de pensar en lo feliz que era, y en que aquello iba en serio... Después, al regresar, estuve un mes sin parar de llorar».

Una cosa tuvo clara entonces: él estudiaría Medicina.

Sus padres –que se habían rehecho con mucho esfuerzo– habían vuelto a venderlo todo por segunda vez para hacer posible esta historia.

(...)

El cronograma vital de Alberto bien podría proyectarse como un PowerPoint en una de esas charlas motivacionales que no solo explican a un sujeto, sino la evolución de un país: la que tiene que ver con la sanidad pública y, más concretamente, con el tratamiento de las cardiopatías congénitas. Viajemos al pasado durante un párrafo.

Para que se hagan una idea, su primer cateterismo fue grabado en una película Super 8. Se hizo en una época en la que en España no había ecocardiogramas ni ecografía fetal. Si con cuatro años le pusieron una válvula aórtica de cerdo y una vena yugular de vaca, con 13 fue tejido de cadáver humano y desde

los 28 ya lleva un tuvo de dacrón (material sintético). La primera unidad de cardiopatía congénita para adultos no se creó en España hasta 2002, cuando Alberto tenía ya... ¡27 años!

La cuarta operación fue por entonces. Él hacía el MIR en el Hospital Príncipe de Asturias de Alcalá de Henares, donde realizaba guardias de 24 horas como si su patología no fuera con él y donde se echó una novia enfermera que acabaría siendo su pareja. Sería la última vez que tendría que irse a Estados Unidos.

Lo que hacen con su corazón bien lo sabe él, que aunque no alcanzó la nota para ser cardiólogo, atiende insuficiencias cardíacas como internista. «Me bajan la temperatura a 20 grados para que no haya mucho metabolismo celular. Paran mi corazón no más de tres horas y me conectan a una máquina de circulación extracorpórea. Me operan».

Y luego termina de contar y se recorre el pecho con los dedos.

El chico que odiaba ir a la playa creció escuchando en la facultad al doctor José María Oliver Ruiz (pionero en la cardiopatía congénita en España), quien le hizo ver a ese alumno que ya había sido operado cuatro veces que tenía una «responsabilidad» como paciente. La de «dar testimonio». La de cuidarse. La de decirle al mundo que él seguía vivo. La de abrir la boca después de abierto el corazón.

«Un niño con una cardiopatía congénita llega a adulto y es un nuevo elemento en la vida laboral.



El problema es que no tenemos una discapacidad visible [él solo tiene reconocido el 33%], no vamos en silla de ruedas, no tenemos un problema cognitivo ni de movilidad... Pero estos pacientes necesitan una adaptación en el puesto de trabajo y trato diferencial».

«Cada vez que me ha tocado una operación, me he reinventado. Con cuatro años, volví a ser un niño. Con 13, tuve que dejar el fútbol, pero decidí no aislarme. Con 28, regresé de la operación y me fui a vivir con mi nueva pareja. Ahora que he sido operado, ves a tu hijo antes de entrar a quirófano y eso lo cambia todo».

(...)

Alberto sabe que sus operaciones han ido bien –cuenta– porque ser un enfermo del Atlético de Madrid es lo que tiene: haces una prueba de esfuerzo cada semana.

El médico internista que hoy atiende las insuficiencias cardíacas de los demás, el paciente que ha sido operado cinco veces, ese niño rescatado de la muerte gracias a que sus padres lo vendieron todo, ese tipo con un tórax que es como si Freddy Krueger se hubiese ensañado con él; ese hombre, decíamos, viajó con su familia a las finales de Lisboa y Milán, de donde no solo salió ileso tras las derrotas, sino más trasfundido de aquello que ya corría por sus venas. «El lema del club es coraje y corazón, que es el lema de mi vida».

La última de las operaciones fue en enero de 2023 y la llevó a cabo el doctor Ángel Aroca en La Paz. Porque han pasado 48 años desde que Alberto nació, y un hospital público de Madrid –dicen las tasas de mortalidad en cirugía cardíaca– no tiene nada que envidiar a uno privado de Minnesota.

Esta vez el problema estaba en el lado izquierdo: una insuficiencia aórtica severa. «Mi cardiopatía evoluciona así. Antes no se sabía porque se morían los pacientes». En la víspera de irse al hospital, habló con su hijo de 14 años sin dramatizar, le volvió a enseñar las cicatrices, las recorrieron una a una como si formaran parte de una constelación en una noche despejada.

En la despedida con su hijo adolescente hay una cábala: Alberto padre nació en la Nochebuena de 1975, el mismo día y a la misma hora en que Queen (el grupo favorito de Alberto hijo) presentaba su *Bohemian Rhapsody* en el programa de Navidad de la BBC. Así que el paciente que entraba a jugar su quinta final lo tuvo claro...

«Antes de irme al hospital para operarme, le quise regalar aquel DVD del miniconcierto, que se titula *A Night at the Odeon...* No le dije el motivo de ese regalo, pero lo hice para que, en el caso de que yo muriese, siempre nos pudiésemos encontrar él y yo, allí, los dos, escuchando buena música».

*Alberto, 13 años, con el mexicano Francisco Puga, quien le operó en la Clínica Mayo.*